

“AÑORANZAS”

Recuerdo el invierno de 1936, yo apenas tenía 9 años. Fue uno de los inviernos burgaleses más fríos que había vivido hasta entonces. Nunca queríamos meternos en la cama, la habitación estaba congelada y sabíamos que al despertar íbamos a tener las orejas llenas de sabañones.

En casa de mis vecinos, siempre había para desayunar patatas cocidas. ¡Qué envidia me daba! Nunca se me olvidará el tamaño de aquella cazuela de la que sobresalían unas patatas más rojas que un tomate.

Al ir a la escuela teníamos que ir bien abrigadas, aunque el frío se metía por los agujeros de nuestros zapatos. Siempre íbamos acompañadas de una lata en la que se metía carboncillo caliente del brasero y nos la poníamos en los pies. Cuando salíamos, nos acercábamos hasta el horno del pueblo, nos daban patatas asadas con un poco de torta. Después, echábamos carreras para ver quien llegaba antes a la casa del cura a escuchar la radio, era la única persona del pueblo que tenía una. ¡Cómo nos fascinaba aquel aparato!

Todos los días al llegar a casa, teníamos sopas de ajo para comer. Mi hermana y yo deseábamos que llegara la cuaresma para poder guardar la vigilia y así comer bacalao.

Los sábados visitábamos a la abuela, nuestro padre preparaba la tartana y le daba bien de comer a Leal, que era el caballo que nos llevaba de un lugar a otro. Nos encantaba hacer estos viajes, era como si diéramos la vuelta al mundo cuando en realidad íbamos al pueblo de al lado. Solines, que era nuestro perro, siempre era el primero que se subía a la tartana. ¡Cómo nos divertíamos con él! Le poníamos vestidos de cuando éramos más pequeñas y él movía sus orejitas vivarachas. Yo me quedaba embobada mirándole a los ojos, y entre sollozos decía que quería tener los ojos como Solines.

Todos los domingos por la mañana se oía un ruido poco común que circulaba por las calles del pueblo, era un primo del boticario que tenía un coche de última generación. En cuanto el motor se hacía oír por la entrada del pueblo, todos los chiquillos perseguíamos el coche y nos quedábamos embelesados mirándolo durante horas.

Por las tardes siempre estábamos reunidos en las cuadras, ya que era el lugar mas caliente de toda la casa, allí nos divertíamos, jugábamos o pasábamos la tarde hablando de nuestras cosas. En una de las frías tardes de febrero llegaron un par de monjas y frailes. Algunos de mis vecinos, sacaban las maletas por la puerta, se tenían que ir a los conventos. El pueblo mermaba y cada año iba quedando menos gente, pero era la única

salida que había, ya que, al ser familias tan numerosas, los padres no podían dar estudios a todos.

En esta inusual primavera de 2019 echo la mirada atrás, ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo bien aquellos tiempos, los recuerdo como el principio de mi vida, una vida que es totalmente diferente a la que vivo ahora.

Despierto, y me paro a pensar como sería la vida ahora si todo siguiera como hace 80 años, si viviéramos sin luz, sin agua corriente y no existiera ningún aparato eléctrico. Pienso en todos aquellos niños que un día tuvieron que salir de sus casas y no pudieron hacer lo que realmente deseaban.

Y por ello, reivindico que en un futuro exista una vida en la que todo el mundo tuviera derecho a vivir, a experimentar, a viajar, a conocer, a soñar y a despertar su curiosidad, igual que lo he hecho yo.

Fdo.

ALFA Y OMEGA